



y juntos marcharon al encuentro del general español, á quien hallaron en formacion de batalla cubriendo á Alcañiz (23 de Mayo). Las fuerzas eran iguales de ambas partes, sobre ocho mil seiscientos hombres, y tambien su estado moral, pues la disciplina de los franceses se habia relajado mucho. Grande empeño pusieron éstos en apoderarse de la ermita de Fórnolles, que ocupaba nuestra derecha, y siempre en vano. Irritados de una resistencia que no esperaban, dieron con gente de refresco un ataque impetuoso al centro, en el cual todo lo arrollaron hasta el punto de llegar al pié de nuestras baterías; pero no pasaron de allí, y deshecha esta columna, tuvieron que retirarse del campo de batalla dejándolo sembrado de cadáveres. Blake, justamente receloso de su propia caballería, no les siguió el alcance, y fué de sentir, porque el temor que llevaban era tal, que esparcida por la noche la voz de la aproximacion del enemigo, se desbandaron completamente.

Suchet mismo no estuvo exento de exagerados temores; pues así que llegó á Zaragoza (6 de Junio), formó atrincheramientos en Torrero, repasó la Aljafería, fortificó el arrabal; se preparó, en fin, á la defensa. Verdad es que no tenía que atender sólo á Blake, sino á los mismos habitantes y á las partidas sueltas, cuyo crecimiento y osadía eran grandes entonces. El cuerpo franco del coronel Gayan se adelantó por las orillas del Jalon, y del lado opuesto Perena se aproximó al puente del Gállego.

Blake, siguiendo su primer propósito de aguardar á que las tropas estuviesen mejor instruidas para emprender las operaciones, no pensó despues de la batalla de Alcañiz sino en ejercitarlas en evoluciones y marchas; pero el entusiasmo que produjo en el país su victoria, reaccionando sobre él, le sedujo y precipitó á avanzar camino de Zaragoza. Llegaban sus fuerzas á diez y siete mil hombres con las partidas que se le habian reunido, y el 13, la vanguardia ocupaba ya á Botorrita.

No quiso Suchet esperar, sino salir al encuentro de su contrario, para lo cual destacó antes al general Fabre á Muel, camino de Madrid, y situó la caballería en el Burgo, formando así con Zaragoza un compás abierto en la

direccion que llevaba nuestro ejército. Un hábil movimiento de Blake, cortando á Fabre y obligándolo á retirarse presurosamente á Plascencia del Jalon, destruyó la combinacion que esa situacion revelaba. Cuando Suchet quiso formar otra, Blake se hallaba ya en María á dos leguas y media de Zaragoza.

Allí se veian en la mañana del 15 frente á frente los dos ejércitos. Sus fuerzas eran tambien iguales, de doce mil hombres por cada parte, pues la division de Areizaga se hallaba en Botorrita. Los españoles se colocaron sobre unas lomas, distribuidos en columnas, formando la caballería sobre la derecha, apoyada en el Huerba. Los franceses los estuvieron mirando inmóviles hasta las dos de la tarde, hora en que, habiendo recibido un refuerzo de dos regimientos que esperaban de Tudela, dió Suchet la orden de ataque. Pelearon con gran empeño su derecha y nuestra izquierda, llevando ésta la mejor parte, hasta que una horrorosa tempestad les hizo suspender el fuego. Despues la fortuna nos fué contraria. Conociendo el enemigo desde Alcañiz lo flojo de nuestra caballería, dirigió su principal ataque contra la derecha, y sus esperanzas fueron pronto coronadas de un feliz éxito. Blake resistió solo por algun tiempo, con Lazan y Roca, en las lomas, las fuertes embestidas de frente y de costado que en seguida le dirigieron: el desórden de algunos cuerpos le precisó á bajar de su posicion precipitadamente, abandonando en los barrancos hechos por la lluvia quince piezas de artillería. La pérdida de muertos fué tambien de consideracion, y entre los prisioneros quedó el general Odonaju que mandaba la caballería de la derecha.

Cupo grande responsabilidad á Blake en esta derrota, porque seguramente no la habria sufrido si hubiese tenido cerca la division de Areizaga, que fué la que mejor se batió en Alcañiz. Y si la derrota de María hubiese sido una victoria, los franceses habrian evacuado forzosamente á Zaragoza, que estuvo esperando con la más viva ansiedad, de una y otra parte, el resultado de la batalla.

Un exceso de confianza nos trajo esta derrota y causó otra en seguida más deshonrosa y



funesta: era el flaco de nuestro general. Retirado primero á Botorrita, se proponia esperar allí á recoger los dispersos, cuando un aviso confidencial de que la division Lavan avanzaba contra él, le puso en precipitada marcha hácia Belchite. No lo hizo tan á tiempo que no perdiese quinientos cazadores de Murcia prisioneros. Con esto, el desaliento de nuestro ejército creció, y sin embargo, al llegar á aquella villa, dispuso esperar á Suchet, que en pos de Lavan marchó tras él. Esto hácia el 18, tres dias despues de la derrota de un ejército nuevo y mal disciplinado.

Las posiciones que tomó eran todo lo ventajosas que aquella topografía permite. Belchite está asentado en la pendiente de unas alturas y rodeada de otras, ménos por el camino de Zaragoza, que es un llano plantado de huerta y olivares. En ella desplegó sus fuerzas Suchet, próximamente iguales á las nuestras, no mayores que en María, [á pesar de la union de Areizaga, á causa de los muertos y dispersos y de la separacion de los francos de Gayan. El ataque fué ejecutado simultáneamente contra nuestras tres posiciones, de las cuales cedió luego la de la izquierda. Acogida al centro, seguíase combatiendo cuando una granada enemiga cayendo en una de nuestras cajas de municiones, espantó y desbarató con la explosion á un escuadron de caballería. Este comunicó el desórden y el terror instantáneamente, y á pesar de cuanto hicieron Blake y los demas jefes para contener al soldado, la dispersion se consumó. Nos mataron más de quinientos hombres; cogieron cuatro mil prisioneros, el resto de la artillería, una bandera, los bagajes y gran cantidad de fusiles de los dispersos.

Los vencedores avanzaron aquel mismo dia hasta Alcañiz, quedando de nuevo instalados por aquella parte en la posicion que ocupaban á la entrada del ejército español en Aragon. Este se disolvió en sus elementos: la division de Lavan se volvió á Tortosa, la de Valencia á Morella; las partidas sueltas se acogieron á las montañas para continuar indomables su género de guerra, ciertamente más provechoso. Tras unos y otros distribuyó Suchet varias columnas, y él, atravesando el Ebro por Caspe para

recuperar, como lo consiguió, á Monzon, se volvió á Zaragoza á reorganizar su ejército.

Blake, regresando á Cataluña imposibilitado de llevar á cabo los planes que habia trazado sobre Aragon, fijó exclusivamente su atencion en la heroica ciudad de Gerona, que hacia mes y medio sitiaba un poderoso ejército francés.

Carnot, uno de los grandes maestros de la ciencia militar, genio asombroso que, segun la feliz expresion de un célebre escritor, «supo organizar la victoria» en medio de la Francia revolucionaria, ha dicho que apenas en los tiempos modernos puede ninguna plaza bien atacada prolongar su defensa más allá de cuarenta dias. Cuando esto escribia el ilustre ingeniero, la inmortal Gerona le demostraba que el entusiasmo no está sujeto á reglas, y que al ménos á un pueblo amante de su independencia y valeroso le es dado prolongar su defensa cinco veces cuarenta dias.

Y eso que Gerona no era una plaza fuerte, tal como el arte podia concebirla entonces. Está asentada al pié de dos montañas en forma de anfiteatro, ocupando parte de sus faldas en la confluencia del Ter y el Oñá, á la derecha de aquél, que es el más caudaloso, y sobre ambas márgenes del segundo, unidas con un puente de piedra. La ciudad ó parte alta de la poblacion se extendia unas mil trescientas varas de longitud por quinientas en su mayor anchura, y la rodeaba un muro de antigua fábrica interrumpido por varios torreones, de los cuales no eran defendibles sino la Gironella, Santa Lucía y Santo Domingo, y por cuatro baluartes modernos, Santa María, la Merced, Sarracinas y San Narciso, que cubren la entrada y salida del Oñá y las confluencias de los pequeños Güell y Galligans. De las siete puertas que dan ingreso al recinto tan sólo cuatro tenían tambores. La parte baja y llana de la poblacion es la porcion separada por el Oñá que se llama barrio de Mercadal, y corre á lo largo del rio una extension de ochocientas varas y cuatrocientas escasamente en mayor latitud. La circunda tambien una débil tapia de antigua construccion, mal flanqueada por algunos torreones semicirculares, y sólo protegida en la parte exte-



rior del recinto por cinco baluartes modernos de mediana capacidad.

De las obras exteriores únicamente el reducho de Beurnonville está en llano, á más de ciento setenta varas del recinto, en muy buena situación para la defensa de la ciudad por aquella parte. El castillo de Monjuich era un cuadrado de unas ciento noventa varas por frente, que se levantaba en la cúspide de la montaña más al norte de la plaza. De él dependían cuatro torres ligeramenté construidas en la guerra con la república francesa, de fagina, piedra y barro, que eran como sus centinelas avanzados, siendo de grande importancia la de San Juan por asegurar la comunicacion del castillo con la ciudad. En la montaña, que está al Sur de Monjuich y casi al Este de la plaza, se ven tres fuertes sucesivos, el Condestable, la Reina Ana y Capuchinos, que se dominan unos á otros, partiendo desde el principal y más cercano, que es el primero: tiene dos pequeñas obras avanzadas, el Calvario y el Cabildo, que aumentan su importancia. El fuerte de la Reina Ana es una simple tenaza con rebellin, sin foso ni camino cubierto. Sin ellos está también el de Capuchinos, más bajo que los otros y el más avanzado al interior de la provincia.

Pero no se presume por la relacion, necesariamente algo detallada, que presentamos de las fortificaciones de Gerona en la guerra de la Independencia, que era considerada y asistida como plaza de primer orden. Desde la construcción de la de Figueras se la miraba con descuido por nuestros gobiernos, y sólo en virtud de los dos sitios anteriores, puestos el año anterior por los imperiales, estaban algo reparados sus muros. El general Marescaut, enviado á reconocerla, la había juzgado de subalterna importancia, fundado así en lo imperfecto é incompleto de las fortificaciones, como en lo endeble de éstas y en la existencia de tres barrios muy perjudiciales á la defensa, dos al pié de la colina en que se hallan los fuertes Condestable y Capuchinos, y otro sobre el mismo camino real de Francia, el de Pedret, que tiene muchas casas á cubierto de los fuegos de la plaza. En los dias inmediatos al asedio los

coroneles de artillería Mata y Minali trabajaron con grande actividad y talento en mejorar su defensa; pero ¿podía en tan corto tiempo repararse los errores y la incuria de tantos años? Además, una plaza cuya conservacion dependía de sus muchas obras exteriores y un recinto de tal extension necesitaban una guarnicion doble seguramenté de la que tenía: cinco mil seiscientos setenta y tres hombres de todas armas. Por único refuerzo se les juntaron cien voluntarios de Olot.

Es verdad que el patriotismo suplió allí las faltas del arte; que si los muros eran débiles y no había caminos cubiertos, el valor de los defensores los excusaba; que si la guarnicion era insuficiente, moradores tenía Gerona que conservaban con orgullo el recuerdo de antiguas y recientes glorias, y que aborrecían con profundo encono á los profanadores de nuestro suelo. ¿Qué entusiasmo el que se encendió en aquel sagrado recinto á la noticia de la aproximacion de los franceses por tercera vez! Ricos y pobres, altos, medianos y bajos, mozos, ancianos y niños, todos acudieron á las armas con un solo grito en los lábios y un solo sentimiento en el corazón: matar franceses, y vivir ó morir por la patria. Catorce mil almas tenía solamente Gerona, y de improviso aparecieron regimentadas por el coronel D. Enrique Odonell con la denominacion de *cruzada* ocho compañías de paisanos, sacerdotes y frailes. Hasta las mujeres, arrebatadas por aquel torbellino de entusiasmo y de odio, se presentaron á hacer la ofrenda de su sangre en el altar de la patria, y formaron una compañía con el nombre de Santa Bárbara, que, compartida en cuatro escuadras, se consagró con toda la vehemencia y la abnegacion amorosa de la mujer á servir municiones y alimento á los defensores, recoger y asistir á los heridos.

Era el 6 de Mayo cuando los franceses se presentaron á la vista de Gerona, deseosos de venir á las manos para lavar las anteriores humillaciones, ménos cuerdos que su general, el ilustre Saint-Cyr, quien aconsejó á Verdier prefiriese al sitio el simple bloqueo por algun tiempo. No se detuvieron, sin embargo, para romper las hostilidades más que cuanto tarda-



ron los refuerzos que debían recibir. El 31 acometieron y tomaron la ermita de los Angeles, y á principio de Junio quedó la plaza enteramente circunvalada. Componían el ejército sitiador la division francesa de Souham, la italiana de Pino y la del general en jefe Verdier; en todo diez y ocho mil hombres. Militares esclarecidos, los generales Samson y Taviel, tuvieron á su cargo las disposiciones de sitio y la colocacion y maniobras de las baterías.

Al ir á romper el fuego, el 12 de Junio, el enemigo intimó la redencion. Era gobernador un anciano de sesenta años, el ilustre D. Mariano Alvarez de Castro, que levantó un pedestal para su eterna gloria en aquel memorable sitio. Había nacido en Granada, y sabía que hubiera entre sus ascendientes uno á quien por su adhesion á la causa de D. Pedro el Cruel se le había puesto este hermoso epitafio: «Aquí yace Ferran Ruiz de Castro, toda la lealtad de Castilla,» y una Antonia García, la célebre plebeya de Toro, tan admirada por sus proezas en tiempo de los reyes católicos. Había entrado en la carrera militar á los diez y nueve años, ingresando como cadete en el cuerpo de guardias españolas; concurrido como alférez al último sitio de Gibraltar, en el cual llamó la atencion por la serenidad de su valor; y asistido como coronel á toda la campaña con la república francesa, distinguiéndose en varias funciones de guerra con actos de extraordinario arrojo. Una vez rechazó solo con su compañía á la bayoneta una columna de quinientos hombres. En la villana ocupacion de Barcelona hemos visto ya el arranque de su patriotismo antes de que una orden de Ezpeleta le obligase á entregar el castillo de Monjuich, que custodiaba. Despues se fugó á Tarragona á unirse á las filas de la patria, é incorporado á la division de Lazan, se hizo también notar en el sitio de Rosas y otras operaciones. Sus contemporáneos le han pintado como un tipo del español de sus dias: de grave y firme continente, susceptible en su pundonor, irritable en su amor propio, galante, desinteresado, religioso y aunque de natural despejo, escaso de instruccion. Su tez morena y seca, su mirada serena y firme, y hasta su pequeña estatura y ende-

ble cuerpo dejaban reconocer algunas de esas cualidades. Como militar se había granjeado una reputacion envidiable; pero nadie había adivinado en ninguno de sus hechos el corazón magnánimo, el alma altiva, fiera, majestuosa del sexagenario defensor de Gerona.

Al avistar á los franceses publicó un bando lacónico que manifestaba ya una terrible resolucion: «Será pasado por las armas, dijo, el que profiera la voz de capitular ó rendirse.» Se le preguntó entonces cuanto tiempo creía poder defenderse.—«Me resistiré, respondió, doble tiempo que Zaragoza;» osadía que en aquellos dias debió de parecer absurda, casi sacrilega. Cuando por primera vez se intimó la rendicion, la desechó con braveza ofreciendo recibir en adelante á cañonazos á los parlamentarios.

Así que oyeron los enemigos esta contestacion, rompieron un fuerte bombardeo (noche del 13 al 14) contra la ciudad, que no cesó hasta el 25 sino muy cortos intervalos. Auxiliaba este fuego un ataque de dos baterías á los fuertes que protegían á Monjuich, porque el sitiador conoció luego ser aquella la llave de la plaza. Empero hasta el 19 y 21 cuando, ya apagados sus fuegos y abierta brecha, no quedaba á los defensores recurso ni posibilidad de mantenimiento, no consiguieron apoderarse de ellos. En la segunda noche pudieron penetrar en el barrio de Pedret, y empezaban ya á levantar obra para establecer sus puestos avanzados á medio tiro de fusil de la plaza cuando una salida brusca é impetuosa alejó vecindad tan perjudicial y destruyó las comenzadas obras.

Lo costoso de esta primera embestida sirvió al enemigo de leccion para no proseguir sus operaciones hasta haber recibido nuevos refuerzos que esperaba de Saint-Cyr. Llevólo él mismo estableciendo su cuartel general en Caldas (20), con lo cual se aumentó el ejército sitiador hasta treinta mil hombres.

Continuaron entonces el suspendido ataque contra Monjuich. El 3 de Julio, al enviar el so, su primera luz, rompieron el fuego las diferentes baterías levantadas para batirlo, entre las cuales se distinguía una de veinte piezas de grueso calibre llamada Imperial y dos obuses. Roto aquel mismo dia el frente del Nortel



vinieron en la noche del siguiente al asalto los franceses con toda la intrepidez de su genio. Apercebidos los nuestros, que no excedían de nuevecientos hombres á la voz de D. Guillermo Nash, los repelieron causándoles tanto extrago que desistieron de repetir entonces sus acometidas. Las renovaron en la mañana del 8 marchando en columna cerrada con admirable bizarría. Su jefe, el coronel Muff, hizo esfuerzos desesperados: rechazado una vez, y otra vez, y otra vez, se preparaba todavía á dar el cuarto asalto cuando una bala, hiriéndole gravemente, hizo desmayar el valor de la tropa y los obligó á retirarse. Dos mil hombres entre muertos y heridos dejaron al pié de aquellos terribles muros, que parecían guardar el alcázar de la muerte, para testimonio solemne de la serena bravura de nuestros soldados. Hay que observar que, mientras Muff lanzaba sus furiosas acometidas, las baterías que le apoyaban mantenían constantemente en el aire siete bombas y otros fuegos parabólicos. A ellos se debió la voladura de la torre de San Juan, pérdida la más lamentable de nuestra parte en aquel día por su importancia como puesto avanzado entre el castillo y la ciudad y por la gente que tan lastimosamente pereció en la explosión. Dió compensación otra bala lanzada de la ciudad que voló la torre de San Luis ocupada por los sitiadores.

Furiosos éstos cada día más con tan repetidas humillaciones ante aquella que habían juzgado antes «despreciable» fortaleza, extendieron sus trabajos, avanzando las líneas y levantando nuevas y más formidables baterías, á cuya construcción en vano se opusieron los españoles. Hechos todos los preparativos, en la noche del 3 al 4 de Agosto se vieron aquellos valientes acometidos con un ataque dirigido al rebellín del frente, que todavía repelieron. Mas al día siguiente los heroicos esfuerzos de los sitiadores obtuvieron por fin algún fruto, pues tomaron aquella obra y se alojaron en la cresta de la brecha. Aun allí, pareció que no se domaban todavía los españoles, pues el castillo siguió defendiéndose, y el 10 hicieron una salida: ¡postrimeros sacudimientos de una atleta que agonizaba! Era imposible prolongar más

aquella fabulosa defensa: de los nuevecientos hombres de la guarnición habían perecido más de quinientos; los que se habían salvado de la muerte estaban gravemente heridos en su mayoría, siendo reducido el número de los que podían soportar ya las fatigas del combate, los lienzos habían quedado casi todos destruidos, de modo que era preciso luchar frecuentemente á pecho descubierto. Un consejo de guerra acordó el abandono de aquellas gloriosas ruinas, que se verificó el día 12 por la tarde, dejando inutilizadas la artillería y las municiones. Pocos momentos antes de ejecutarlo recibió Nash un pliego de Alvarez estimulándole á continuar su brillante defensa, por lo que todos los jefes pidieron un juicio al llegar á la plaza. Pero el terrible gobernador los despidió elogiando su bizarría, y ciertamente hubiera bastado á su justificación decir que los expugnadores no habían penetrado en la fortaleza sino á los dos meses de una lucha sangrienta; que habían levantado diez y nueve baterías, abierto varias brechas, esportillado todos los lienzos y perdido más de tres mil hombres.

Ocupada por los franceses aquella altura sembrada de escombros, creyeron llenos de júbilo que tardarían poco en descansar dentro de la plaza de sus penalidades. Verdier mismo escribía á su corte que dentro de ocho ó diez días ocuparía la ciudad. Calculaba todavía aquella defensa por las reglas ordinarias de la ciencia, olvidando ó desconociendo que el entusiasmo no las admite y que su única ley es el prodigio. Los sucesos se lo enseñaron ó recordaron pronto. Construidas nuevas baterías en derredor de la plaza, una de ellas en Monjuich, dieron principio el 19 á un espantoso fuego, que se dirigió principalmente contra la puerta de Francia, la de San Cristóbal, la muralla de Santa Lucía y los cuarteles de Alemanes. Indomables los sitiados, vieron con ánimo sereno los estragos que por do quiera causaban, pensando sólo en aumentar los puntos de defensa, convirtiendo en batería ora un desnivel del terreno, ora una casa, un templo como la catedral, en cuya bóveda hizo Alvarez colocar dos cañones. Las salidas se repitieron con frecuencia, y si



no siempre eran afortunadas, siempre á lo ménos atestiguaban al enemigo cuán ligeramente había juzgado del poder del entusiasmo y del valor de los gerundenses.

El número, sin embargo, de los defensores iba reduciéndose considerablemente; los viveres también, y se sentía ya la necesidad de los socorros que al principiar el asedio se habían pedido á la junta y al ejército. De grande auxilio habían sido las hostilidades del paisanaje de la comarca contra los sitiadores y la febril agitación de las partidas de migueletes que acudieron á proteger la defensa. Milans, Clarós, el doctor Robira, Porta, Iranzo y otros partidarios, recorriendo toda la tierra vecina, ya estorbaban las comunicaciones del enemigo, ya le arrebatában las vituallas, ya mantenían en continua inquietud á los sitiadores. Saint-Cyr tuvo que destinar dos brigadas á su persecución. Pero eso no había podido impedir que Verdier estableciese sus baterías contra la plaza; que ésta, estrechamente circunvalada, fuese escaseando de viveres, y que los puertos marítimos San Feliú de Guixols y Palamós, por donde pudiera recibir todo género de socorros, cayesen, aunque á grande costa, en poder del enemigo. Uno de los intrépidos y generosos extranjeros que entonces vinieron á España seducidos por la magnanimidad de su empresa, el irlandés Marshall, había intentado inútilmente introducir un convoy, pues, sorprendido en Castellar, se redujo el socorro á la audacia y los bríos de su conductor, que en verdad eran dignos de estima. El auxilio no se verificó hasta que lo llevó el ejército de Blake.

Este general, al volver á Cataluña después de su desgraciada campaña de Aragón, pensó en el socorro de Gerona, que llevaba ya dos meses de resistencia, como en un deber sagrado. Reconocida la tierra se trasladó á Vich con la división de Lazan (Agosto), llamó á sí todas las partidas; y por medio de una hábil combinación de falsos ataques, facilitó al general García Conde la entrada de un convoy de dos mil acémilas, teniendo sólo que arrollar un destacamento situado en Salt. Saint-Cyr y Verdier, que habían unido sus fuerzas para impedirlo, se vieron ignominiosamente burlados y humi-

llados, porque en los ataques la columna de Llauder tomó la ermita de los Angeles, Clarós penetró hasta San Medir, y Robira arrancó la posición de Montagut á los westfalianos.

Conde, entregado el convoy, se volvió á Hostalrich dejando de su gente en la plaza unos tres mil trescientos hombres, á quienes acogieron con júbilo los defensores, sin reparar que con su refuerzo casi se reducía el convoy á la nulidad.

Restituidos los franceses á las posiciones de sitio y recobrada la ermita de los Angeles, emprendieron con mayor furor el fuego, particularmente contra las brechas ya empezadas de Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal, y contra el fuerte de Calvario (día 11). Para impedir sus progresos dispuso Alvarez una salida, que no fué afortunada. Con esto, más confiados los sitiadores, se decidieron al asalto, no sin enviar antes nuevos parlamentarios por si intimidados los defensores se mostraban ya más dóciles. Como fueron recibidos según la promesa hecha en los primeros días, á cañonazos, tal muestra de resolución y firmeza acabó de exasperar á los franceses, y un formidable asalto quedó señalado para el día 19.

¡Terrible y glorioso día! Llamados por el estruendo de doscientos cañones en horrendo acorde con los toques de generala y las campanas de somaten, volaron los defensores á sus puestos y comenzaron una tremenda lucha con tanto orden como si todos fueran veteranos y el combate un simulacro. A la vista del enemigo enarbolaron bandera negra jurando morir antes que entregarse. La ciudad entera conmovida parecía un solo cuerpo cuyo corazón era su gobernador. Entonces brilló el alma grande del anciano Alvarez. Grave, imperturbable y denodado en medio de tanto tráfago, dictaba con voz tranquila sus disposiciones, y alentaba con el ejemplo más que con la palabra. Era Neptuno, de pié en su carro, hendiendo con serena faz los borrascosos mares. Ocho mil hombres en cuatro columnas dieron el asalto por espacio de tres horas. La primera, dirigida á la brecha de Santa Lucía, dos veces llegó á ella, y en ambas fué rechazada. La defendía el irlandés Marshall, que halló entre los